

RIO SIN OJOS

«Madre, pena, suerte, pena, madre, muerte,
ojos negros, negros y negra la suerte...»

PORTICO

Fue Antonio Machado una persona extraña, un río sin ojos, se opuso a las modas, consideró a la poesía como una honda palpitación del espíritu en tiempos en que la poesía era una taza de espuma azul; en su memoria la soledad, nupcial, fue como si fuera su sola compañera.

Ni adorno sacerdotal ni pensamiento: la poesía era sola en la noche, era la que llevaba a las sombras de la vida.

Fue el más errado de todos los profetas: predijo algo sobre el corazón, helado, de una España con desdichas. «A otros hombres una de las dos Españas ha de helarle el corazón». Y se lo helaron las dos. Los dejaron como si fuera la noche, árboles caídos, ríos sin ojos.

Fue Antonio Machado una persona extraña, el más errado de todos los profetas. Sus aficiones fueron pasear lentamente, oír caer la lluvia, leer (lívidamente) en la noche, escuchar apasionadamente el corazón.

Recordaba las tardes frías de la niñez, los salones, adornados de flores, hasta donde subía el primer hastío familiar. Se pasó la vida multiplicando en voz muy baja y no lo salvó su Dios. Hastío familiar, río sin ojos. Fue Antonio una persona extraña.

Estuvo enamorado por lo menos cuatro veces: Leonor, Guiomar, Andalucía, Castilla Miserable. Al final siempre quedaba solo su corazón.

Cultivó el romance porque el ciego de dolor estuvo enamorado de los ciegos. Cultivó el cantar, amó a su pueblo, el soneto abrió ventanas al tiempo de los besos. Procuró eliminar toda retórica innecesaria: era suficiente con los colores de las cosas convocadas a la vida.

Fue el más confundido de todos los teóricos y definió la poesía como palabra en el tiempo. Olvidó que hay tiempos que están hechos olvidando sus palabras.

Tuvo un hermano extraño, Manuel, a quien se le murió la voluntad en una noche de luna en la que era muy hermoso no pensar ni querer. El hermano gustó de las modas y tomó de la poesía de su tiempo la brillantez pictórica y la elegancia descriptiva. Fue poeta que levantó su vida entre los colores, lo sutil, lo decadente y lo aristocrático. Arbol caído, mar sin orillas, río sin ojos. Estuvo hecho para otra muerte. Su madre repartió para siempre más muerte y menos muerte. Ojos negros, negros, y negra la suerte.

Comprendieron la vida como la voluntad de estar solos, como el lugar donde acaba el río. «Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera». No fueron dos ríos distintos: la vida los dejó ciegos. Así, vivieron con el estupor del niño que cuida los caballos. Fueron señalados por el rasgo de la agonía.

En la noche, se les vio caminando con la sonrisa de un cadáver en las manos.

I

Nunca sabe la noche
y, encrespada de música,
nace en el río la muerte,
con sartas de perlas, esperando
el cuello blanco del mar.
Nunca sabe la noche,
y donde acaba el río
como si la verdad existiese, golpeando
las sombras nos espera el mar,
apretando la carne duramente,
atravesando los ojos cerrados,
golpeando huracanadamente el corazón.
Junto al cuerpo queda
como un pájaro grande
se posa en el bulto oscuro de los pinos,
como un pájaro grande
como si fuese memoria.

II

Nunca sabe la noche:
había miles de caballos salvajes,
y conservábamos el profundo rumor de las palabras.
A tientas, donde tú y yo no nos conocíamos,
dulce y turbador el silencio, leía tus poemas
con el estupor del niño que cuida los caballos.
Nunca sabe la noche,
rompíamos los vasos después de beber vino
y nos arrodillábamos ante altos dioses silenciosos:
conservábamos amor y poesía como un vértigo
para el que se ama solo y ama a sus corceles.

III

*Y ahora, los latidos broncos de las horas
caídos en un rincón, sin ojos, el tren, en la noche,
que lleva la vida a pelo, con su jadeo de arrepentimiento,
estremecido de susurros contemplo
el tiempo transcurrido
y me siento como un río que haya
amado mucho sus orillas. Recuerdo que vivo
con la profunda verdad de los suicidas.*

IV

*Como se piensa la noche
ahora yo no sé si el mundo posiblemente es tarde,
oscuro amante de todo lo que dejó de ser
yo no sé si hay algo que posiblemente nos haga río,
como atrae un abismo destroce a nuestros hijos,
mortalmente oigo caer el silencio de la noche
y se incendian cuerpos y memorias
y cuelgan sus cabezas degolladas.
Yo no sé si pienso la noche como se piensa:
y está dentro de mí
la gruta en la que muerde el mar.
Y en los días y en las horas del sueño
me veo caminando con vosotros con la sonrisa de un cadáver en las
[manos.*

*Dos cuerpos muertos, iguales, tazas de espuma,
relicarios recorridos por palabras amargas, con un jadeo
de trenes arañados por la noche, soledad
de hombre a hombre, de noche
a noche, condenada
a ser árbol derribado, delicada piel
cuando aún era hermosa la vida.*

V

*Para siempre hay más muerte y menos muerte,
como si hubiese que buscarla en la memoria.
Nunca sabe la noche,*

*y la madre, surtidor quebrado en luz, río sin ojos,
tira de sus senos, que reparten para siempre más muerte
y menos muerte.*

VI

*Yo no sé si toda una noche larga, ebrio,
custodiado en el silencio, preguntándome si hay más
mundo o menos mundo, un día y otro día,
corriendo la cortina con manos tenebrosas,
cuando ya es posiblemente tarde
y deliran los caballos, las tumbas,
abiertas y oscuras, reteniendo el fuego
como una flor aplastada. Nunca
sabe la noche: senos, manzanas, sombras
de escorpiones, pistolas, abandonados
corredores donde ya duermen para siempre los caballos,
sarta de perlas, cuello blanco
del mar, río sin ojos.*

VII

*Yo no sé si la encina, tendidos al sol,
podríamos amarnos; si aún quedarían eslabones
para atar este amor, escalar
vuestros labios, paraíso de sal; ayudar
a llevar la sonrisa de un cadáver en las manos.
Nunca sabe la noche
Y allí los vi en la sombra, el gesto de tristeza,
intenso y misterioso.
Como caballos sombríos en la noche
os llevaron cogidos por manos primitivas
y andáis custodiados de silencio
y de palabras sin rumor que afilan cuchillos
en la noche. Cuchillos nupciales
aproximándose en lo oscuro: yo no sé si el mundo
posiblemente es tarde.*

MANUEL VILANOVA